

Semana # 4: Reflexión Pastoral I sobre el tema “***La teología de la predicación***”

“La teología de la predicación en la homilética se centra en la comprensión de la predicación como un acto profundamente espiritual y transformador, en el que el mensaje de Dios se comunica a la congregación.” La predicación no es solo una presentación de ideas o el análisis de un texto bíblico, sino es un medio por el cual Dios se dirige a su pueblo. Esto nos lleva a plantearnos la siguiente pregunta: ¿hasta qué punto es nuestra predicación verdaderamente efectiva y no solo un ejercicio retórico o motivacional? La predicación, para ser fiel a su propósito, debe reflejar una profunda dependencia del Espíritu Santo, reconociendo que es Dios quien actúa a través de ella. A manera de una reflexión personal, entonces, es importante cuestionar sobre la autoridad que el predicador reclama y la gloria humana que ostenta. Al ser portadores de la Palabra, como predicadores debemos actuar con humildad y, sobre todo, con responsabilidad, primero hacia Dios y, luego, hacia la congregación (pueblo de Dios) que nos escucha. ¿Está el predicador consciente de su papel como siervo y mensajero, y no como dueño del mensaje? En ocasiones, el orgullo o el deseo de reconocimiento pueden distorsionar el propósito de la predicación, convirtiéndola en un medio de autopromoción en lugar de ser un canal para la voz de Dios y transmitir la bendición de Dios a otros. Una predicación efectiva debe conectar el mensaje bíblico con la realidad de la congregación. Si bien la predicación debe permanecer fiel a las Escrituras, también debe responder a las necesidades, luchas y realidades actuales de nuestro auditorio. Sin embargo, existe el riesgo de caer en la complacencia, donde el mensaje se adapta tanto a las preferencias del público que hace que este pierda su integridad, su propósito y su capacidad de confrontación.

En el contexto pastoral, la predicación tiene un propósito transformador, tanto a nivel individual como comunitario. Esto nos lleva a preguntarnos si nuestra predicación está promoviendo una auténtica conversión y un compromiso real con el reino de Dios, o si, por otro lado, estamos conformándonos con mensajes que solo buscan consolar sin desafiar, sin compromiso. La predicación debe ser profética y consistente, llamando a la justicia, la reconciliación y el amor activo hacia los demás. La teología de la predicación enseña que este acto no puede realizarse de manera efectiva sin la guía del Espíritu Santo. Una reflexión crítica nos lleva a considerar si nuestra vida personal y espiritual como predicadores, es consistente y está atemperada a las exigencias de esta tarea ministerial, ¿estamos dedicando suficiente tiempo a la oración y a buscar la dirección de Dios? O, por otro lado, ¿estamos dependiendo de nuestras habilidades humanas? ¿Estamos dejando que el Espíritu guíe cada palabra y nuestras acciones? En la práctica pastoral, esto significa que debemos dedicar tiempo suficiente a la preparación espiritual, buscando la inspiración divina y permitiendo que Dios moldee nuestro carácter y nos provea el mensaje que debemos llevar.

En conclusión, la teología de la predicación en la homilética desafía a los predicadores a ver este acto como “un servicio sagrado”, que requiere humildad, fidelidad a la Palabra y dependencia de Dios. Una reflexión crítica nos ayuda a recordar que, en última instancia, el propósito de la predicación es glorificar a Dios y edificar su iglesia, siendo siempre conscientes

de nuestra fragilidad y vulnerabilidad humana y de la necesidad de confiar plenamente en la guía y el poder transformador del Espíritu Santo.